

Un bolso y un destino

Leigh Himes

Traducción:
MAR VIDAL



MAEVA

Prólogo

«**M**aldito seas, Marc Jacobs.» Estas fueron las palabras que resonaron en mi cabeza justo antes de caer hacia atrás y saltar por encima de la barandilla lateral de las escaleras mecánicas de Nordstrom.

Eran las diez de la mañana de un sábado. Los almacenes bullían ya de consumidores que sucumbían al encanto adictivo y vaciador de bolsillos, del olor a cuero nuevo y a cremas faciales de cien dólares. Conocía bien la sensación; yo también había caído rendida al canto de las sirenas de esos grandes almacenes y ahora pagaba el precio. Antes de caerme, me dirigía a la planta de arriba, echando pestes mientras reunía el coraje para enfrentarme al departamento de atención al cliente.

Mi plan era bien sencillo: suplicar. Simplemente tenía que conseguir que me dejaran devolver el bolso de piel rojo brillante, aunque lo hubiera usado unos cuantos días y mi hija de cinco años lo acabara de decorar con un arañazo profundo e imperfecto producido por un palillo chino convertido en espada luminosa. Albergaba la esperanza de que quien fuera que estuviera ese día al frente del servicio de atención al cliente fuera corto de vista, tuviera un corazón dispuesto a perdonar o ambas cosas a la vez. Mientras subía por las escaleras mecánicas, sostenía la caja plateada un poco alejada de mi gabardina salpicada de lluvia y del paraguas que chorreaba, tratando de no causarle ningún daño más. En la otra mano llevaba un vaso con café. El líquido humeante me salpicaba los dedos, la manga y el metal que avanzaba lentamente bajo mis pies.

De mí también salía humo, porque acababa de toparme con dos «amigos» del instituto, un encuentro durante el cual sus

mal disimulados insultos me habían hecho sentir más humillada que el estado actual de mi pelo.

—¡Mira qué pinta de ir cómoda que tienes! —musitó una a la vez que escrutaba mi atuendo antes de intercambiar con la otra una mirada de reojo bajo sus flequillos perfectamente peinados—. Me encantaría poder llevar algo así, pero tengo que ir siempre arreglada por si me encuentro con alguno de los clientes de Bill —dijo Betsy, con su uniforme fino y seguro de mamá del Main Line: vaqueros de diseñador, botas forradas de piel y abrigo acolchado.

—Creo que no todas podemos permitirnos ser mamás chandaleras —soltó Ellen, mientras retiraba una pelusa invisible del estómago moldeado a base de pilates.

Me pillaron tan desprevenida que me quedé paralizada, deseando poder fundirme con el mármol brillante del suelo. Ni siquiera se me ocurrió una mentira, y me encontré confesándoles que había ido a devolver un bolso demasiado caro. Me dedicaron unas sonrisas llenas de piedad y se marcharon apresuradamente al departamento de zapatería.

Betsy Claiborne era hija de madre soltera exactamente como yo y, aunque ni siquiera había acabado los estudios, ahora se comportaba como si fuera la mismísima Jackie Kennedy. Y Ellen Hadley, antes de perder veinte kilos y casarse con el heredero de un imperio de tintorerías, repartía pajas entre los chicos como quien reparte caramelos. Ahora se pasaban la vida paseándose en sus Range Rover, llevando a sus niños «al club» y acorralando en los grandes almacenes a mamás que no dormíamos lo bastante ni teníamos tiempo de ir al gimnasio. Me sentía tan furiosa que subí las escaleras a grandes zancadas, temblando de rabia, maldiciéndolas a ellas, a mi cuenta bancaria, a mi marido y hasta al mismísimo Marc Jacobs, cuyo bolso *bucket* de 598 dólares estaba a punto de ser devuelto a cambio de poder pagar la factura del agua y la mutua pediátrica.

Me encantaba aquel bolso y solo lo había podido llevar dos semanas, al trabajo, a Rite Aid, al colegio Grange Hill Elementary, a la academia de danza irlandesa Springfield, otra

vez al Rite Aid y a la pizzería Mario's Bake-at-Home. Ni a un restaurante de moda, ni a una *boutique*, ni siquiera a la sofisticada biblioteca Bryn Mawr a la que mi hijo y yo nos acercábamos de vez en cuando para jugar con un tren eléctrico mucho mejor que el nuestro, en una moqueta menos asquerosa que la nuestra. Aquel bolso era como un árbol que se cae en el bosque: si ninguna pérfida mamá del Main Line lo veía, ¿existía siquiera?

Siendo justos, para mí significaba algo más que las ganas de provocar celos en la gente. Aquel bolso era un ancla acolchada de piel roja que me vinculaba a una vida anterior con su fina cadena dorada. Sus eslabones eran eslabones con mi *yo real*, mi yo desenfadada, divertida y espontánea; mi yo que llevaba ropa limpia y moderna y que cenaba pasadas las siete, que veía películas extranjeras y leía las novedades literarias, y que todavía se reconocía cuando se veía la cara en el espejo. Aquel bolso significaba que seguía siendo Abbey, no mami ni la señora Lahey. Y pudo haber mantenido a mi antiguo yo vivo y a flote un poco más de tiempo, antes de que su cadena, tan tensa bajo la presión, se rompiera definitivamente, dejándome para siempre a la deriva en mi abismo de madre suburbana.

Pero teniendo en cuenta cómo iba todo últimamente, tal vez estuvo bien que un accidente me dejara sin conocimiento sobre el frío suelo de mármol de los almacenes Nordstrom.

Al fin y al cabo, necesitaba un buen descanso.

1

El día anterior al accidente empezó como todas las demás mañanas de mi vida: como el puro caos. El perro ladraba, el bebé gritaba, mi hija había vuelto a mojar la cama y mi marido, Jimmy, hacía mucho rato que se había marchado a uno de sus proyectos de paisajismo. Jimmy solía salir hacia las cinco de la mañana, buscando en silencio su ropa, su almuerzo y sus botas de trabajo antes de abandonar la casa por la puerta trasera cual ladrón.

Tenía siempre mucho cuidado de no despertarnos; se movía con toda la delicadeza que su físico corpulento y su andar pesado le permitían. Pero eso de madrugar debe de ser hereditario, porque por muy silenciosamente que saliera de casa, alguno de sus hijos siempre percibía el cambio en el ambiente parental y se despertaba en el momento en que su camioneta salía del acceso al garaje. Hoy habían sido los dos.

De modo que cuando pasaban tan solo veinte minutos de las cinco de la mañana, justo cuando Channing Tatum estaba a punto de entregarme las llaves de la casa que siempre soñé tener del programa de interiorismo de la tele, me encontré totalmente despierta. Y solamente dos minutos después de eso estaba lidiando con los catorce kilos de Sam en su cuna encastada y tirando de él pasillo abajo, siguiendo el rastro de unos sollozos contenidos. Advertí la reveladora mancha amarilla y el remolino de ropa de cama antes de encontrar un pequeño bulto en forma de niña dentro del cesto de plástico blanco de la ropa sucia.

—Me odias, ya sé que me odias —dijo el bulto cubierto de ropa sucia.

—Es demasiado pronto para empezar la guerra psicológica, Glo —le dije—. Es solo un poco de pipí, no es para tanto.

—¡Sí que es para tanto! —gritó el cesto—. ¡En el parvulario no hay nadie más que moje la cama!

—Creo que hay muchos niños que mojan la cama —le dije—. Mira a Sam. Va empapado de pipí las veinticuatro horas del día.

—Pero él es un bebé, no cuenta —me rebatió—. No pienso volver al parvulario. ¡Nunca, nunca más en la vida!

«Piensa rápido, mami», me dije a mí misma, mientras intentaba sacudirme la niebla mental de primera hora de la mañana. Llevábamos cuatro minutos de día y una de nosotras ya estaba profiriendo amenazas de proporciones monumentales.

Deslicé al bebé hasta el suelo, dejándolo gatear hacia cualquier botín, y me agaché junto al bulto de ropa. Saqué a mi hija de entre el amasijo de ropa interior, camisetas y mallas y, al acercarla a mí, sentí su familiar aliento cálido, sus rizos castaños enmarañados, el pijama rasposo.

—Te contaré un secreto —le susurré— ¿Sabes quién mojó la cama hasta que tuvo diez años?

—¿Quién?

—Papi.

—¿Nuestro papi?

—Sí, nuestro papi —dije, con una mentira piadosa—. Lo hacía continuamente.

Se quedó en silencio, de modo que seguí contando, embelecando la mentira con un poco más de teatralidad.

—Y como dormía en la litera de arriba, a veces goteaba y mojaba también al tío Pat.

Abrió los ojos de par en par. Se quedó boquiabierta.

—Pero un día, su vejiga se hizo lo bastante grande y fuerte como para aguantar toda la noche y nunca más se le volvió a escapar el pis. Y eso es lo que también te pasará a ti. Simplemente tienes que seguir creciendo y, con el tiempo, tu vejiga se adaptará, igual que hizo la vejiga de papá.

—¿Es verdad?

—Pues claro que es verdad —le dije, mientras abrazaba su cuerpecito. La notaba tan ligera entre mis brazos, tres años

y medio mayor que su hermano pero solo unos pocos kilos más que él.

Debió de creerse la historia de su papá porque me miró con aquellos ojazos marrones y, por un momento, me pareció que estaba a punto de recibir una de esas sonrisas fantásticas de Gloria. Pero, antes de que pudiera darme cuenta, su pequeño radar de hermanito pilló a Sam mordiendo el batidor de varillas de plástico rosa de su Barbie Chef. Se levantó de un salto y me empujó contra la estantería. A ello le siguió un épico tira y afloja, de esos que ponen a prueba los límites de la ingeniería Mattel, lo que me dio el tiempo justo para correr a la planta baja a encender la cafetera.

El día de hoy precisaría una dosis extra de cafeína. Posiblemente hasta por vía intravenosa.

Después de las primeras tres horas de locura matutina todos estábamos atados en el coche con nuestros respectivos almuerzos, mochilas, carpetas, meriendas, cantimploras, colchonetas para la siesta, paraguas con formas de animales y, por si las moscas, ropa interior de recambio. Yo también llevaba mis necesidades varias: portátil, agenda semanal, botella de agua de plástico, cepillo dental de viaje y, a mi lado, en el asiento del copiloto —callado y ruborizado por la vergüenza que daba su desgastado entorno—, mi bolso nuevo.

Hubiera querido que el bolso estuviera orgulloso de mí y ponerme una ropa mejor que la habitual, pero la comodidad venció de nuevo al estilo. Por unos instantes miré mi mejor traje de trabajo, un traje negro de chaqueta y pantalón J. Crew, y me imaginé la versión televisiva de mí misma bajando por la acera con paso decidido y mostrando mi lado brillante en la sala de juntas. Pero luego alejé esa imagen de mi cabeza, ya demasiado cansada para enfrentarme a los taconazos que requería, por no hablar del gasto añadido de tintorería. A cambio elegí mi uniforme habitual de los días entre semana: falda, cárdigan y zapato plano.

El conjunto de hoy era una falda de tubo gris carbón que se podía lavar a máquina, una camiseta de algodón de manga

larga y un cárdigan de cachemir color lavanda que tenía nueve años, con botones de perla descascarillados que mostraban la capa plateada de debajo. Aunque técnicamente la mayoría de la gente me encontraba «delgada», al menos cuando me veían vestida, seguía necesitando unos leotardos tipo faja para ocultar la carne fofa adicional que me había quedado de los dos partos y que se obstinaba en deformar mi zona media. Uno de estos días me enfrentaría a esos cinco kilos de más, tal vez me apuntaría a *spinning*, a yoga o a algo parecido, pero por ahora mi estrategia se llamaba *spandex*. Hacía su función y permitía que la cremallera de la falda subiera con unos pocos tirones rápidos. Acabé con un toque de rímel gris azulado, pero me salté el corrector de ojeras y el colorete. Al fin y al cabo, a mi despacho nunca venía nadie importante.

Mi melena era otra historia. Lo que antes había sido motivo de orgullo y felicidad, además de objeto de mucha investigación y desarrollo, actualmente lucía un par de centímetros de raíz por la zona de arriba y otro par de puntas abiertas por debajo, y las mechas llevaban un tiempo con un tono más bien cobrizo. Hoy, como la mayoría de los días, no había tenido tiempo de arreglarme el pelo; me limité a echarle una mirada rápida a través del retrovisor mientras me lo recogía en un moño desordenado. También por el retrovisor estaba Gloria, mirando a Sam amenazadoramente; seguía mosqueada por la pelea de la mañana. Era obvio que estaba planeando una venganza, incluso si Sam trataba de encandilarla alegremente con una versión poco graciosa de la canción «Itsy Bitsy Spider».

—¡Calla la boca! —le gritó Gloria—. ¡Ni siquiera te sabes las palabras!

—Primero, no digas «calla la boca». Y segundo, se dice «la letra», no las palabras —la corregí, con mi voz materna más segura—. Y, por favor, no le grites.

—¡Es que es taaan pesado! —exclamó, a la vez que apretaba las manitas con frustración.

—Bueno, puede que tengas razón —le dije—. Pero será mejor que te andes con cuidado, porque pronto será más alto que tú.

Me di cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir, y maldije entre dientes mi ocurrencia materna. Mencionar la talla de Gloria nunca era buena idea, pero todavía lo era menos de camino al cole, donde ella era dolorosamente consciente de ser la más menuda de su clase.

Pero me sorprendió con una pregunta, en vez de las lágrimas que esperaba:

—¿Por qué soy tan pequeña, mami? —me preguntó aquello que tanto había llegado a temer.

—No eres pequeña —le mentí.

—Sí lo soy, mami —dijo, con un tono entrecortado que me daba la avanzadilla de lo que iba a ser la Gloria adolescente—. ¿Por qué?

—Mira, la gente viene al mundo en todas las formas y medidas, y a ti te ha tocado ser pequeñita —le expliqué—. Pero ya crecerás, solo debes tener un poco de paciencia.

Pero yo sabía que no era cierto. Gloria era muy menuda y probablemente lo sería siempre. Según los muchos especialistas a los que habíamos consultado antes e inmediatamente después de su nacimiento, había sufrido una restricción del crecimiento intrauterino debido a un problema con mi placenta. En lo que debería haber sido una experiencia tipo bufé libre, su experiencia uterina fue más bien como una estancia de nueve meses en un balneario de adelgazamiento. No tenía ningún problema cognitivo, pero era diminuta, no comía demasiado y no había logrado pasar de una sola cifra en el gráfico de altura/peso del pediatra. No era justo para una criatura cuyos padres estaban por encima de la altura media y cuyo hermano estaba batiendo todos los récords de rechonchez. Por suerte, llegamos al aparcamiento del colegio antes de que se le pudieran ocurrir más preguntas.

Visto desde lejos, Grange Hill Elementary parecía un colegio acogedor, con su camino de acceso entre cerezos, una buena extensión de césped y un mástil con la bandera plantado en un parterre de ladrillos y lleno de flores. De cerca, en cambio, recordaba a la Rusia proletaria: paredes toscas hechas de bloques de hormigón, endebles puertas de madera y unas

cuantas ventanas precintadas. Llevaba décadas sin remodelar y hasta sin una limpieza a fondo. Las aulas estaban superpobladas, las medidas de seguridad brillaban por su ausencia y, en invierno, estaban tan calientes los radiadores que los alumnos sudaban a mares. Ninguno de los padres, todos veteranos de la escuela pública, parecía darse cuenta ni protestar.

Me desabroché el cinturón y procedí a la maniobra de descarga, atrapé a Sam antes de que se metiera entre el tráfico y luego conduje a los dos cuerpecitos hacia la puerta del colegio. Sonriendo y saludando con la cabeza, pero actuando con rapidez, maniobré más allá de la fila tipo conga de monovolúmenes plateados ocupados por madres a tiempo completo, ávidas de entablar conversación, y un abuelo desorientado que llevaba un táper que goteaba con el almuerzo de algún niño. Probablemente esperaba que alguien se apiadara de él y se parara a ayudarlo, pero hoy no iba a ser yo. Sabía que tenía exactamente veintiocho minutos para llevar a Gloria al interior del edificio, dejar después a Sam y luego llegar a mi oficina, a catorce kilómetros por la Blue Route, en Conshohocken. Fingí no advertir al coordinador del comedor que me hacía señas, pero me las arreglé para saludar con la mano a mi preñadísima vecina Mary Anne, que avanzaba torpemente con sus tres chicos. Ya me pondría al día con ella por encima de la verja el fin de semana. O en quince años.

Una vez dentro, un beso rápido y Gloria ya estaba colocada, con su gorro inclinado, su mochila gigante y sus botas, desapareciendo pasillo abajo. Sam y yo nos paramos a verla marchar: parecía tan segura y capaz, con el incidente matutino ya olvidado bajo el sonido agudo de la campana de entrada.

—Adiós, manita —barboteó Sam, devolviéndome a mis deberes inmediatos.

—Vamos, hombrecito; ¡y ahora, a casa del abuelo! —le informé.

Si el cole de Gloria era la Rusia comunista, el día de Sam era un viaje al continente ficticio de la Tierra Media. El padre de Jimmy, Miles, un irlandés amable pero muy despistado, cuidaba de Sam mientras yo hacía horas en la oficina. A lo largo de los años, Miles había tenido varios negocios: de carpintería,

de pintura, un taller mecánico, y hasta había hecho una breve incursión como DJ de música irlandesa (algo sorprendentemente popular en nuestro pueblo). Su casa era el paraíso de un niño, llena de cinturones con herramientas, cañas de pescar viejas, juguetes de madera artesanales, tocadiscos de los años sesenta y piezas de vehículos antiguos. Probablemente, en casa del abuelo, Sam no jugaba demasiado al corro de la patata, pero a ese ritmo, con seis años sería capaz de cambiar la correa de transmisión del coche o de reparar el techo de casa.

La casa de Miles no siempre había sido aquella especie de cueva masculina. Cuando la madre de Jimmy estaba viva, la vivienda, de dos pisos y fachada de ladrillo, solía estar reluciente y ordenada, incluso con los cuatro chicos. Pero desde su muerte, cinco años atrás, apenas quedaba rastro de ella, excepto en una estancia. Se trataba del salón delantero, ni siquiera Sam podía entrar en él. Miles lo conservaba tal y como lo había dejado su amada Jane. Como si fuera a entrar en cualquier momento y a preguntar quién había movido sus estatuillas y por qué las cortinas estaban todavía corridas.

Aparcar frente a aquella casa me provocaba la dosis habitual de sentimiento materno de culpa en forma de calambre en el estómago, pero, en mi caso, no solo por mi hijo, sino también por mi suegro. ¿Cómo un pintor de brocha gorda jubilado de setenta y nueve años, alguien que también necesitaba que lo cuidaran un poco, se estaba ocupando de un chiquillo revoltoso? Sam debería estar en una guardería haciendo manualidades con palitos de helado y cantando *Las ruedas del tren* con otros niños, en lugar de ver *El precio justo* y asistir a timbas de bingo. Y Miles leyendo el periódico y durmiendo siestas tapado con una manta de ganchillo, en vez de estar peleándose con botoncitos de pijamas, crema para el culito y rabetas de bebé. Pero desde que la crisis había golpeado con crueldad el negocio de la jardinería, Jimmy y yo nos habíamos quedado sin dinero para pagar guarderías, ni siquiera para pagar a una canguro. Sabía que Miles adoraba a Sam y que Sam adoraba a Miles, pero no podía evitar preocuparme. El abuelo se estaba volviendo cada vez más

despistado y sus movimientos eran mucho más lentos que antes.

«Es solo temporal, es solo temporal, es solo temporal», me repetía interiormente mientras sacaba a Sam de su sillita llena de manchas de leche y lo posaba sobre el diminuto parterre de césped. Recogí su bolsa y su querida jirafa de peluche y caminé detrás de él mientras avanzaba a paso tambaleante por el acceso a la casa.

La puerta se abrió y apareció Miles, con pinta del abuelo que pintaría un artista, con su gorro de lana, su jersey grueso color crema y su bastón de madera tallada.

—¡Buenos días, hombrecito! —exclamó, dando la bienvenida al pequeño mientras con su mano nudosa y envejecida tomaba la mano de bebé de Sam.

—Hola, abuelo —le dije, mientras me acercaba a darle la bolsa de los enseres necesarios para Sam. Me agaché a darle un beso en la frente al niño y volví al coche corriendo, mientras dictaba instrucciones de último minuto por encima del hombro—: Asegúrate de que duerme la siesta. Hay pomada para el culito en la bolsa. ¡Y, por favor, no le des más salsa de judías!

Cuando arrancaba el motor, observé a Miles ayudando a Sam a sortear las escaleras de entrada. Debía sentirme tranquila con su afectuosa camaradería, pero mientras iba marcha atrás por el acceso, pensando en las ocho horas que me esperaban lejos de él —y en todos los revolcones, conversaciones y risas que me perdería—, me mordí el labio para aguantarme las lágrimas.

Llegué a las oficinas de Elkins Public Relations escasos segundos antes que mi jefa, tiré mi bolso nuevo debajo del endeble cubículo gris, levanté la tapa de mi vaso de café y me quedé mirando fijamente la pantalla del ordenador como si llevara horas leyendo correos electrónicos.

—Holaaa, Abbey —ronroneó Charlotte, mi antigua colega transformada en jefa con su melena perfecta, su blusa perfecta y su culo perfecto.

—Buenos días —dije, sin desviar los ojos de la pantalla—. Te veo en unos minutos.

—De hecho, tengo que hablar contigo antes de la reunión —insistió, sin ni siquiera volver la cabeza, a la vez que se deslizaba hacia su despacho de la esquina.

«Por supuesto, pensé. Quieres que te ponga al día rápidamente sobre los detalles de la cuenta, puesto que estás siempre demasiado ocupada charlando en vez de dedicarte a trabajar de verdad.» Suspiré para mis adentros mientras me deshacía de las asas del bolso, que todavía tenía alrededor de los tobillos, y abría mi cuaderno de notas. Al pasar le hice una mueca a mi mejor amiga, Jules, que también fingía trabajar, aunque en realidad estaba cotilleando el Instagram del nuevo encargado de Federal Express.

Al cabo de unos segundos, ya en el despacho de Charlotte lleno de luz y de tapicerías de piel, me propuse no soltar ninguna información ni llenar los silencios con mi habitual chismorreos. Después de acomodarse esmeradamente en su butaca sin ofrecerme asiento, Nalgas de Acero inició su interrogatorio de rigor:

—Bueeeeno, ¿qué hay de nuevo con nuestros amigos de Maxim Pest?

Respiré.

—Jules y yo tenemos la lluvia de correos de otoño lista para hoy, tan solo a la espera de una foto del cliente —le dije, fingiendo no darme cuenta de que deslizaba la mirada de mi jersey descolorido a mis bailarinas desgastadas—. Y me he estado esforzando mucho para que corra la voz sobre la promoción del nuevo pesticida. Algunos periodistas han mostrado interés, pero todavía no hay nada definido.

En realidad, no tenía ninguna pista realmente buena. Llevaba semanas tirando de hilos por iniciativa propia, y estaba muy cerca de conseguir que un periodista del *New York Times* entrevistara a nuestro cliente Max DiSabatino en relación a un producto ultrasecreto que estaba desarrollando contra los chinches. Max era el fundador y propietario de Maxim Pest, la mayor franquicia de control de plagas del área de Filadelfia, y un hombre tan imponente e irascible que me había mantenido despierta más noches que los dientes incipientes de mi

bebé. La estrategia de comunicación de su empresa era mi responsabilidad principal en la agencia.

Antes de asumir mis funciones de madre de familia, había representado algunas de las cuentas mejores y más estimulantes desde el punto de vista creativo: diseñadores de webs, restaurantes, estudios de arquitectura y la Fine Arts League. Pero ahora que ya no estaba disponible para viajar ni para tomar copas de noche con los clientes —y puesto que Charlotte había sido ascendida a vicepresidenta de relaciones públicas—, me asignaban todos los clientes que nadie quiere: exterminadores de plagas, fabricantes de productos químicos, cultivadores de setas. Si una cuenta contenía algo en lo que la gente evita pensar, me caía a mí. Y si era algo en lo que yo quería trabajar —algo relacionado con museos, artistas, medicina—, Charlotte se lo quedaba para ella o se lo daba a alguna de sus clones recién salidas de la oficina central a las que acababa de contratar.

Aun así, los reportajes en el *New York Times* no eran frecuentes, y si era capaz de conseguir este podría gestionar esta asignación unos cuantos meses sin que el cliente ni Charlotte me preguntaran «¿Qué viene después?». Y con el bonus a punto de llegar en noviembre, el momento no podía ser más oportuno. Pero también sabía que no podía decir nada sobre el asunto; aún no. Si se lo decía, lo presentaría en la reunión de personal como si fuera su idea y luego me estaría acosando sobre el tema sin parar. Y si el reportaje no salía, yo quedaría como que había fracasado en algo que, de todos modos, siempre había sido un poco improbable. «No digas nada», me dije a mí misma mientras trataba de salir lentamente de su despacho.

Pero ella no me iba a dejar escapar tan fácilmente.

—Abigail, seguro que saldrá algo de lo que tienes entre manos —me dijo, arrugando la nariz con expresión incrédula—. Ya sabes lo importante que es esta cuenta para la agencia. Para Richard.

—Lo prometo, estoy trabajando en ello —respondí, con la voz un poco más seca al oír el nombre de Richard Elkins, el propietario de la empresa—. Pero no es precisamente la cuenta

más emocionante en la que he trabajado. Ha habido otro tiro-teo y es un año de elecciones. A nadie le importan las plagas.

—Nuestro trabajo es conseguir que importen —dijo, cor-tante. Luego se me acercó un poco más, con expresión des-confiada—. Ya llevas un tiempo con esta cuenta; ¿no tienes ningún reportaje?

Estaba poniendo en duda mis habilidades, y eso me hizo rugir por dentro. «A pesar de mi aspecto desaliñado, soy muy buena en mi trabajo, tuve ganas de gritar. Pues claro que tengo un reportaje. Puedo conseguir más reportajes en una semana de los que tú has logrado en toda tu carrera.» Pero guardé silencio, con la mirada fija en el pequeño reloj de cristal de su mesa.

Transcurrió un momento y la oí suspirar:

—Si esta cuenta es demasiado difícil, deberíamos plantear-nos que te ayude alguien. Tal vez Britney. Ella tiene ideas nuevas.

Levanté la cabeza de golpe al ver su expresión. Iba en serio. Si no le daba nada, me endosaría a alguien guapo y atractivo, tal vez hasta me degradaría. Bien jugado, Charlotte.

—Bueno, hay un periodista que parece interesado...

Apretó los ojos y se dejó caer en el respaldo de su silla, con ademán victorioso.

—¿Y entonces?

—Tuve una breve conversación con Marty Alyward, del *New York Times*. Resulta que está trabajando en un reportaje sobre nuevas tecnologías en el control de plagas y que la sema-na que viene quiere hablar con Max.

—Fantástico —dijo, a la vez que alcanzaba su rotulador pla-teado y empezaba a garabatear en un papel.

—Bueno, todavía no hemos cerrado nada, de modo que no nos emocionemos demasiado —le dije—. En serio, es tan solo un «quizá». No quiero que Richard lo sepa todavía, porque se creará que es algo cerrado. O sea que te pido que no digas nada.

—No, claro que no. Lo entiendo perfectamente —asintió, con los ojos abiertos de par en par, toda ella expresando falsa preocupación—. Te guardaré el secreto.

—Y, bueno, tuve que ofrecerle la exclusiva —dije, casi entre dientes—, espero que no haya problema.

Me miró fijamente, pensativa. Luego suspiró y añadió:

—¿Una exclusiva? ¿Sin preguntármelo antes? Bueno, al menos supongo que le pondrías una fecha tope.

—¿Una fecha tope? Es el *New York Times*, Charlotte —le contesté, sin poder creer lo que me decía. Nadie le va con exigencias a la dama de gris. Te esperas a que te digan algo. El tiempo que haga falta.

—Ponle fecha —repetió—. O retírale la oferta.

Abrí la boca para protestar pero luego renuncié. Ella bajó la mirada hacia su iPhone y se puso a responder a un mensaje, y juro que advertí una sonrisa curvándole los labios. Probablemente ya le estaba contando a nuestro jefe que tenía un reportaje en el *New York Times*.

Espere a que acabara y me maldije por ser tan bocazas. A pesar de sus amenazas, debí mantener la boca cerrada. Pero, una vez más, había cedido.

—Y otra cosa —añadió Charlotte, con falsa indiferencia—. Necesitaré todos los recortes de prensa actuales de Quaker Chemical analizados, incluyendo las impresiones y las equivalencias de publicidad, para el lunes por la mañana.

Debería haberme negado, decirle que tendría que esperar hasta la semana siguiente, pero estaba cansada y me pareció más fácil acceder.

—Muy bien —dije—, no hay problema.

Sonrí y luego dirigió los labios perfectamente pintados de carmín y la melena recién salida de la peluquería hacia la pantalla de su ordenador, mostrándome su espalda moldeada a base de pilates. Ya me tenía acostumbrada a aquel gesto y sabía lo que significaba. El jersey descolorido, los zapatos desgastados y yo podíamos retirarnos.

Al cabo de tres horas me encontraba sentada a una mesa en el único lugar en el que se podía ir andando a comer al mediodía desde el despacho, una pequeña cafetería que prometía los

bagels más grandes de Conshohocken, mi rincón de la felicidad. Mientras mi monstruosidad de sésamo y crema de queso al ajo y a las finas hierbas se enfriaba un poco, consulté mi bandeja de entrada, suplicando encontrar una respuesta del *New York Times*. Me debatí interiormente sobre la conveniencia de ponerme de nuevo en contacto con el periodista, y redacté varias versiones de un correo –de puesta al día– antes de borrarlos todos con gran frustración. Luego corregí un comunicado de prensa y sentí vergüenza, con el temor de pasarme toda la tarde endosando «los cinco consejos de Maxim Pest para eliminar los chinches de las tuberías» a periodistas inocentes. Suspiré y cerré el portátil.

Mientras miraba por la ventana las bonitas y tranquilas calles de Conshohocken, un municipio industrial del siglo XIX que trataba de reinventarse como pequeño núcleo empresarial, volví a suspirar. Desde luego, ofrecía vistas del río Schuylkill, estaba libre del impuesto municipal y había muchos viejos almacenes de ladrillo transformados en espacios diáfanos de oficinas, pero yo echaba de menos trabajar en el centro, donde el bullicio y el dinamismo de la ciudad lograban que hasta las plagas de insectos parecieran importantes. Pegué un mordisco a mi *bagel* en el preciso instante en el que un mensaje de Jules aparecía en la pantallita del móvil. Iba a necesitar «unos cuantos minutos más», lo que podía significar entre tres y treinta y tres.

Jules, mi mejor amiga desde la universidad, era crónicamente impuntual. Era la menor de seis hermanos nacidos en un período de diez años, hija de unos padres muy *hippies*, de modo que conceptos como los horarios, las normas y las fechas de entrega eran para ella simples palabras, y el tiempo, arbitrario en vez de finito. Algunas veces, sus retrasos habían acarreado consecuencias trágicas –asignaturas suspendidas, grandes broncas, vuelos perdidos–, pero eso no le hizo cambiar ni pensar en comprarse un reloj. Y cuando empezó a trabajar como diseñadora gráfica –era realmente buena–, no tuvo incentivos para cambiar, puesto que sus retrasos constantes eran considerados por sus jefes como parte de su «idiosincrasia

artística». A mí me solía molestar, en especial cuando me hacía perder tiempo de mi cómicamente rígido horario, pero después de esa larga mañana, necesitaba un momento para recapitular. Pegué otro bocado al enorme *bagel*, luego respiré hondo y repetí la secuencia hasta que me zampé la mitad. Cuando lo regué todo con un sorbo de café me encontraba mejor, con el estado de ánimo levantado por los carbohidratos, por no hablar del lujo de pasar cinco minutos sin que nadie me pidiera nada.

Tiré de la pesada cartera del trabajo hasta la mesa, provocando el baile de la sal y la pimienta. Debería haber empezado con el último número de *Pest Control Technician* y *Bugs Today*, pero pacté conmigo misma que merecía unos cuantos minutos para leer detenidamente las últimas revistas de moda «sientete mal con tu piel/muslos/vida». Esa era una de las pocas cosas buenas de trabajar en RRPP: las revistas gratis.

Saqué mi *Vogue* de septiembre de novecientas páginas, que ahora ya tenía un mes. Hojeé aquella bruma de tacones de aguja de colores, piernas de vértigo y labios brillantes antes de concentrarme en un artículo sobre una joven madre con unos tacones irresponsablemente altos y un vestido de noche de tafetán rojo. Sus dos bebés se tambaleaban medio a gatas por entre cipreses y esculturas, ataviados con ropa blanca vaporosa, ajenos al mundo de más allá. La idílica escena parecía estar a muchas galaxias de los chisporroteos, sonidos metálicos y pitidos de Bagel Towne.

Cuando terminé con el *Vogue* —todavía sin rastro de Jules— pasé a mi otro placer inconfesable, *Town & Country*. Sus páginas revelaban un mundo tan bello y decadente que era como echar un vistazo a la vida en otro planeta, un lugar en el que las rosas nunca se marchitan y todas las casas tienen vistas a un mar azul turquesa.

Cuando solo llevaba unas cuantas páginas, en algún lugar entre las alfombras de lujo y los relojes todavía más de lujo, lo vi. O, mejor dicho, lo vi a él.

Allí, en los ecos de sociedad, con una expresión ligeramente incómoda por ser fotografiado, pero perfectamente

cómodo en su esmoquin hecho impecablemente a medida, estaba Alexander Collier van Holt. Su sonrisa era franca y ancha, el pelo denso y oscuro, sus ojos de un azul inolvidable. Por separado, cada rasgo era impresionante, pero juntos creaban una imagen excepcional entre los hombres desaliñados y medio barbudos de hoy: se trataba del hombre tradicionalmente guapo. De esos que puedes ver anunciando colonia o relojes, no zapatillas de deporte. A su lado había dos mujeres con vestidos lisos, una mayor, otra más joven, pero las dos con el color del pelo y de los ojos iguales a los de él. Sus manos colocadas con gesto protector en los brazos de él me decían que ellas también reconocían su singularidad.

Me acerqué a la imagen y miré fijamente su rostro y luego dejé escapar mis pensamientos:

—¡Dios mío! —exclamé, para todo aquel que quisiera oírme.

Ese hombre, al que conocía como simplemente Alex, había trabajado en el mismo edificio que yo cuando hacía un año que había terminado la universidad. Trabajaba en Philadelphia First, una gran fundación que daba montones de dinero a las artes, al mundo académico y a la sanidad. La empresa en la que yo trabajaba entonces, una pequeña agencia de RRPP dirigida por dos experiodistas del *Philadelphia Inquirer*, compartía planta con la fundación y a menudo nos beneficiábamos de esa proximidad. Muchos de los clientes de nuestra agencia eran receptores de becas de la Philadelphia First, ansiosos de darnos al menos una parte de su nuevo capital a cambio de un poco de reconocimiento mediático.

El trabajo era bastante rutinario, pero Sharon y Barbara, mis inteligentes y sarcásticas jefas, me encantaban. Había aprendido más el primer día con ellas que durante todo un semestre de Imagen versus Moralidad: Buenas Prácticas en Relaciones con los Medios, aunque me limitara a pasar a limpio listados de medios, a mandar por fax comunicados de prensa y a recopilar recortes de periódico en cuadernos de espiral. También me encantaba el edificio, unos antiguos almacenes comerciales del siglo XIX conocidos en su momento por sus elaborados escaparates. Cada mañana, cuando pasaba por el vestíbulo, buscaba

con la mirada los querubines dorados desconchados que miraban hacia abajo desde las molduras del techo tallado. Antaño habían presidido el desfile de consumidores en busca de sombreros de bombín y de colonia de agua de rosas, pero ese verano observaban, entre risas, cómo una joven rubia vestida de Ann Taylor y con tacones de Payless hacía su entrada cada mañana.

Fue un día cálido de finales de abril, mientras hacía cola en el puesto de café de la entrada, cuando vi a Alex por primera vez. El sol de la mañana dibujaba manchas curvilíneas amarillas en el vestíbulo, iluminando las medias de las mujeres y los maletines de los hombres que pasaban. Él estaba detrás de la muchedumbre, en el ascensor del fondo, tocando la tecla de subir una y otra vez y buscando ayuda con la mirada.

Era alto, de facciones angulares masculinas, con un aspecto que era todavía un esbozo de la obra maestra en la que se convertiría. Tenía las mejillas y la nariz bronceadas, como si acabara de regresar de una estación de esquí, y el pelo denso y oscuro se le había soltado de la rigidez de la gomina, cayendo por sus impresionantes ojos azules. Llevaba una chaqueta azul marino clásica, una camisa blanca impecable y pantalones crudos, todo con pinta de caro y hecho a medida, pero en contraste con unos náuticos embarrados y una mochila deshilachada roja y negra. En conjunto, su aspecto era como de asesor de campamentos juveniles transformado en becario de dirección, ese tipo de joven que encandila a madres e hijas a partes iguales.

Todavía desconcertado por los ascensores, levantó la vista con expresión ansiosa en el momento en que yo me acercaba a él, ensayando una actitud despreocupada y tranquila.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, gracias —dijo, sonriendo aliviado—. Es mi primer día y no soy capaz de adivinar cómo se abre esto.

—Necesitas una tarjeta —le expliqué—. Están cerrados.

Haciendo equilibrios con el vaso de café y el bolso, intenté pasar mi tarjeta electrónica por el teclado con gesto indiferente,

pero se me resbaló y saltó volando. Miré cómo le golpeaba claramente en la entrepierna antes de caer al suelo con estrépito.

Él se encogió un segundo y luego se agachó a recogerla. Demasiado mortificada para hablar, me metí en el ascensor con la esperanza de que la luz tenue disimularía mi cara, ahora ruborizada y sudorosa de vergüenza. Él entró detrás de mí, al parecer sin haber sufrido ningún daño.

—¿Qué planta? —musité, paseando el dedo por los números.

—Sexta —dijo, mientras se cerraba la puerta.

—Oh, como yo.

—¿Philadelphia First?

—No. Trabajo en Salmon & Sisley Communications.

Mientras el ascensor subía, mantuve la mirada en los botones intermitentes que se acercaban a la planta seis, todavía demasiado avergonzada como para mirarle a la cara. Encontrarme a solas con un hombre como él no era algo que me pasara todos los días. La mayoría de tíos con los que me topaba olían a hamburguesa con queso y a champú barato; este olía como una mañana de Navidad.

—Empiezo hoy en Philadelphia First. Prácticas en el departamento de políticas públicas. Soy Alex. —Su voz, profunda pero cálida, llenó el ascensor.

—Yo soy Abbey, encantada de conocerte.

—Igualmente —dijo, y me tendió una mano mientras mantenía la otra como si se protegiera la entrepierna. Lo miré, horrorizada, hasta que me di cuenta de que estaba bromeando. Le estreché la mano y nos echamos a reír.

La puerta se abrió y me hizo un gesto para que saliera delante de él. Me volví y anduve lentamente hacia mi despacho, deseando poder prolongar la conversación. Entonces oí su voz: «Abbey, espera, creo que esto es tuyo».

Me volví y lo vi con el brazo extendido de nuevo, esta vez con mi tarjeta del ascensor en la mano. Cuando me acercaba otra vez a él, nos miramos fijamente. Tomé sigilosa y lentamente la tarjeta de su mano, nuestros dedos se tocaron. Fue un momento peligrosamente íntimo para un pasillo de oficina.

Y, obviamente, las puertas del ascensor volvieron a abrirse, sumando gente –desconocidos sin cara y sin nombre– a nuestro momento privado. Alex sonrió y luego se volvió hacia las puertas de nogal y cristal de Philadelphia First.

Me quedé parada, mirando cómo se alejaba de mi vida.

O eso fue lo que pensé. Al cabo de dos días, mientras estaba ocupada mandando comunicados de prensa por fax, una llamada me pilló fuera de juego. Estuve a punto de no responder, puesto que el ruido del fax hacía casi inaudible los timbres del teléfono.

–Hola, Abbey –dijo una voz masculina con cierta timidez–. Soy Alex. Nos conocimos el otro día, ¿te acuerdas?

–¡Hola! ¿Cómo estás? –Giré con la silla y me acerqué más al auricular, a la vez que me tapaba el otro oído con un dedo. Era una llamada importante.

–Me han dejado volver, o sea que supongo que todo bien. ¿Y tú?

–Bien, gracias. –Mi tono de voz era un poco más alto de lo que habría deseado. Me aclaré la garganta. Él hizo lo mismo y no dijo nada más. Transcurrieron unos segundos incómodos hasta que, finalmente, interrumpí el silencio con una pregunta–: Ejem, ¿necesitas algún servicio de relaciones públicas o algo similar?

–No –dijo, con una risa nerviosa–. No llamaba por eso, aunque estoy seguro de que harías un trabajo fantástico. Llamaba..., llamaba para saber si te gustaría salir conmigo algún día. ¿Tal vez el viernes por la noche? Toca el grupo de un amigo... y cerca del local está ese nuevo restaurante tailandés...

Su voz empezó a vacilar un poco, mientras yo me debatía sobre qué responder. A pesar de que todos los huesos del cuerpo me pedían decir sí, a pesar de que tenía veintitrés años y todos los motivos del mundo para lanzarme de cabeza al juego, y a pesar de que ese chico parecía agradable, cariñoso y más que *sexy*, hice lo que cualquier buena chica seguidora de las normas hubiera hecho: decir la verdad.

—Me siento muy halagada —dije, con el corazón acelerado a modo de protesta mientras ni siquiera mis órganos internos podían creer lo que estaba a punto de decir—. Pero tengo novio.

—Dios mío, siento llegar tan tarde —se disculpó Jules—, pero Charlotte me hizo modificar una maqueta cuando el cliente ya la había aprobado.

Posó ruidosamente su enorme llavero sobre la mesa y luego se deslizó, con su también enorme bolso trenzado y su almuerzo metido en una bolsa de papel, en el asiento de enfrente.

—O sea, que ahora estoy totalmente atrapada entre ella y el cliente y no tengo ni idea de lo que tengo que hacer. Creo que mandaré el archivo tal y como está y le diré que al cliente no le ha gustado. O a lo mejor lo cambio y dejo que ella tome..., que ella tome... ¿Por qué no me escuchas? ¿Qué ocurre? Por favor, no me digas que es el *mailing* de las termitas.

—No, el *mailing* está bien. Está terminado. De verdad.

—Bueno, pues ¿entonces? Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Es que..., de alguna manera, lo he visto.

—¿Qué? ¿Quién? —dijo, a la vez que se dejaba caer en la silla, aliviada; luego se reincorporó moviendo las manos—. ¡Espera! No me lo cuentes hasta que no lo haya sacado todo.

Metió el móvil y las llaves en el bolso, liberó su melena rojiza de la chaqueta a rayas que llevaba y sacó tres fiambreras con comida. Miré encima de la mesa, ansiosa por ver qué extraña dieta hipocalórica le tocaba consumir hoy.

Para una chica (básicamente) flaca y sin pecho como yo, Jules era curvilínea, voluptuosa y encantadora. Pero para el resto del mundo —y para ella misma— le sobraban doce kilos. Cada equis meses probaba la última dieta de moda, cocinaba los menús de toda la semana con las recetas indicadas en la diminuta cocina de su estudio, pero normalmente al tercer día acababa tirando la toalla. La había visto probar la dieta sin carbohidratos, la dieta paleolítica, la dieta del grupo sanguíneo y hasta

comer solo alimentos rojos y amarillos. No me atrevía a soltarle lo que realmente tenía ganas de decir: que ninguna de aquellas dietas «garantizadas» funcionaría jamás y que, para mí, ella era perfecta y bella tal y como era. Siempre que le hacía algún comentario sobre su aspecto, me lanzaba una mirada asesina y me decía lo mismo: «Para ti es muy fácil decirlo. Tienes marido e hijos. A mí se me está acabando el tiempo». A lo que yo le contestaba: «Tonterías, tienes un montón de tiempo».

Aunque, como estaba a punto de cumplir treinta y seis años, las dos sabíamos que probablemente Jules estaba más en lo cierto que yo. El tiempo era una bruja cruel y refinada que se emperraba en dejar atrás a las chicas rollizas, *hippies* y amantes de los perros. Por muy amables, guapas e inteligentes que sus mejores amigas las consideraran.

Así que decidí no decir nada mientras sacaba su actual solución infalible para perder peso; me limité a observar cómo abría los pequeños recipientes de plástico y colocaba sus contenidos en un plato de papel que había pillado de la barra de Bagel Towne. Al menos, la elección de esa semana —la dieta de la costa del Pacífico, que prometía que si comías con palillos lo harías más lentamente y te sentirías saciado más rápido— le había durado hasta el viernes. Fingí que comer un plato tailandés preparado en casa con palillos en un restaurante de *bagels* me parecía lo más normal del mundo y seguí contándole mis noticias.

—¿Te acuerdas de cuando trabajaba en aquella agencia pequeña, justo al acabar los estudios, y conocí a aquel chico en el ascensor? ¿El que hacía las prácticas?

—La verdad es que no, ¿por qué?

—Vamos, sí que te acuerdas. Aquel tan mono. El que estuve a punto de castrar con mi tarjeta de entrada.

—Ay, eso me suena. ¿No te pidió que salieras con él, o algo?

—¡Sí! Y, burra de mí, le dije que no —le recordé, y luego le acerqué la revista y le señalé la foto con énfasis—. Pues, mira, aquí está.

—¡Caramba! Desde luego, el tío sabe cómo llenar un esmoquin —dijo, acercándose más la revista.

—Bueno, es normal. Es un Van Holt.

—Y, al parecer, un gran protector de los jardines botánicos —dijo, tras leer el pie de foto—. Qué admirable —añadió, y puso los ojos en blanco mientras me devolvía la revista.

—Ni siquiera le di una oportunidad —seguí, en voz baja y seria—. Mis jefas estaban horrorizadas: no podían creerse que hubiera rechazado a un Van Holt. Ni entendían como una persona de veintitrés años no había aceptado esa cita, con o sin novio.

—En fin, qué más da —dijo Jules—. Probablemente sea un tipo raro. Cocainómano, asesino en serie o cualquier cosa.

—No, parecía un chico cariñoso. No el tipo rico estirado ni cosas por el estilo. Aunque entonces yo no sabía quién era.

Volví a coger la revista y lo miré todavía más de cerca, y luego levanté la mirada:

—¿Cómo pude ser tan tonta? —proseguí—. El novio que tenía en aquel momento, al que dedicaba tanto tiempo, me dejó como al cabo de tres minutos. ¿No podía haberse dado cuenta de que no quería comprometerse antes de que Alexander van Holt me pidiera quedar?

Sentí que se me encogía el corazón, como si aquella llamada hubiera tenido lugar ayer y no hace un montón de años.

—Basta —dijo Jules—. ¿Por qué te alteras tanto? ¡Qué más da!

—Sé que es una tontería, pero no puedo evitar pensar en cómo sería mi vida ahora si, simplemente, le hubiera dicho que sí —le expliqué.

—¡Ay, Dios mío, Bee! —exclamó Jules, usando mi apodo de la universidad y un tono más suave—. No fue ningún error, si tienes una vida fantástica.

—Lo sé, lo sé. Adoro a mis hijos, son más que maravillosos —respondí, mientras se me humedecían los ojos—. Pero es que la vida es muchísimo más difícil de lo que me había imaginado. No hay dinero ni perspectivas de ganarlo; Jimmy nunca está, los niños siempre se están peleando y el trabajo me supera y, sencillamente, estoy tan cansada... Muy, muy cansada.

Sin saber por qué, me eché a llorar; las lágrimas me caían por las mejillas y salpicaban la mesa de formica naranja. Aparté el *bagel* y las revistas y apoyé la frente por entre las semillas de

sésamo. Empecé a sollozar de manera incontrolable, en plena hora de la comida del Bagel Towne. Jules, la amiga que siempre está a tu lado y nunca se avergüenza de ti, se me acercó y me acarició el pelo, susurrándome cariñosamente palabras de consuelo mientras apuñalaba mi *bagel* con los palillos. Al cabo de unos minutos empecé a calmarme y a dejar que el frío de la mesa y las voces de fondo del restaurante me arrullaran hasta serenarme.

Cuando se me pasó, Jules habló.

—Bueno, Abigail Owen Lahey, personalmente me alegro de que nunca salieras con ese ricachón. No soy capaz de imaginarte recauchutada de bótox y maquillada y almorzando con un puñado de pijas.

—Ni yo —dije, con la cabeza todavía apoyada en la mesa—, pero apuesto a que el señor Alexander Collier van Holt no tiene que preocuparse nunca por la hipoteca. Y, por cierto, no creas que no me he dado cuenta de que te comías mi *bagel*.

—Cállate, zorra —respondió, impasible.

Jules es única arrancándome carcajadas en medio de las lágrimas.

Jimmy iba a recoger a Sam de vuelta del trabajo, y a Gloria no la llevarían a casa hasta más tarde, de modo que sabía que me quedaban unos cuantos minutos para ponerme un pantalón de chándal y unas zapatillas, empezar a preparar la cena y, tal vez, hasta usar el baño sin público a mi alrededor. Había podido salir del trabajo media hora antes, gracias a que Charlotte necesitaba que le arreglaran una uña rota antes de su reunión de los Jóvenes Amigos del Museo Rodin. Tan pronto como hubo cruzado la puerta, se apagaron los ordenadores y la gente recogió sus bolsos tan rápido que parecía que había una amenaza de bomba.

Emprendí la cuesta de nuestra calle de casas tipo cubo de ladrillo y bungalós de piedra de los años setenta y llegué a la residencia Lahey. Era una vivienda típica de la zona, con su puerta principal encarada a la del vecino, al más puro estilo de

la zona de Pennsylvania Dutch: marcos de madera clara destacados por una chimenea de piedra azul grisácea. Nada espectacular, pero sólida y bien construida. Era una de las pocas casas de nuestra calle sin una horrenda ampliación pegada al trasero. En otros barrios, nuestra familia de cuatro miembros representaba la media; en la católica Grange Hill, era como si acabáramos de empezar.

El nuestro era un municipio dormitorio, un Triángulo de las Bermudas de clase media-baja embutido entre West Filadelfia, el prestigioso Main Line y las extensas granjas de caballos de Chester County. Era el tipo de lugar en el que los padres todavía gritan a sus hijos en público, los decorados del jardín y los abrevaderos para pájaros se siguen considerando monos sin deje de ironía, y las tiendas llevan el nombre de lo que venden: «Frutas y verduras», «Cervezas y refrescos», «¡Lámparas!» (con el signo de exclamación, en representación de la idea del *branding* que predomina en Grange Hill). El pueblo parecía resentirse de décadas de una mezcla de abuso y negligencia, y el distrito postal entero pedía a gritos una limpieza a fondo.

Entré en el acceso al garaje con el piloto automático y tuve que pisar el freno para evitar incrustarme contra la puerta lateral de un coche deportivo, rojo brillante, aparcado de manera descuidada en el asfalto. Su placa personalizada de matrícula —«GRRRR»— no daba demasiadas pistas sobre su propietario.

—¿Quién demonios...? —dije, mientras apagaba el motor y recogía mis cosas.

Subí corriendo las escaleras del porche trasero y me di cuenta de que todas las luces de la casa estaban encendidas y que la puerta no solo estaba sin cerrar, sino ligeramente entornada; se abrió con facilidad cuando la empujé para entrar. También advertí que el perro, que cuando llego normalmente está dando golpes a la puerta con la pata, ya estaba fuera en el jardín.

Preso del pánico, lancé las bolsas sobre la mesa de la cocina y corrí de una habitación a otra, sin estar muy segura de lo que buscaba. ¿Ladrones? ¿Yonquis en busca de droga? ¿Un vecino, el que siempre volvía borracho de la *happy hour* del pub, que se

hubiera confundido de casa y se hubiera echado a dormir en nuestro sofá? (En realidad, eso ya había sucedido en una ocasión; le dimos un café bien cargado y lo acompañamos a su casa.)

Y entonces, arriba, oí unas voces y el sonido del agua corriente.

—¿Jimmy? —susurré, mientras subía las escaleras con prudencia, avanzando lentamente por la moqueta desgastada.

Y luego otro ruido, una risita aguda que reconocí.

Cuando abrí la puerta del baño salió una nube de vapor y me encontré frente a mi hija Gloria sentada en la taza del váter con una toalla blanca que envolvía su cuerpo diminuto y una segunda toalla a modo de turbante que le enmarcaba la cara rosadita. Y de pie frente a ella, alguien todavía más siniestro que un ladrón o un vecino borracho: mi madre.

Roberta Eleanor Owen DiSiano no era una abuela típica, ni una madre típica. Qué diablos, ni siquiera era una mujer típica. A sus sesenta y dos años llevaba el pelo corto, rubio y despeinado, varias capas de maquillaje y unos pendientes largos y ruidosos que le llegaban a los hombros. En verano vivía embutida en falditas de tenis y vestiditos escotados, pero en un día fresco de otoño como hoy llevaba vaqueros ajustados, un jersey ancho, botas forradas de borreguillo y un montón de abalorios de color plata y turquesa. Al lado de mi pequeña hija envuelta en enormes toallas blancas parecía un putón esquimal asomándose al iglú más pequeño del mundo.

Tenía que admitir que Roberta se conservaba bien para su edad —firme y en forma, pintada y depilada—, pero llevaba décadas avergonzándose con su selección de atuendos. Día y noche, su ropa era siempre un poco demasiado ajustada y un poco demasiado corta. Decía que se vestía de acuerdo con su «espíritu de tigresa», pero yo no tenía ni idea de lo que quería decir y tampoco tenía ganas de preguntarle. Lo único que sabía era que estaba desesperada por llamar la atención: de hombres, de mujeres, de los cajeros del banco, de los camareros, de Gloria, mía, de cualquier ser humano que respirara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, tratando de recobrar el aliento— ¿Y qué hace Gloria contigo?

—Tranquila, Abigail —me dijo, sin desviar la vista del esmalte de uñas, del mismo tono rojo ardiente que sus labios, que estaba aplicando cuidadosamente a las uñas de los pies de mi hija de cinco años—. He salido pronto del trabajo y se me ha ocurrido recoger a Gloria del cole para enseñarle mi coche nuevo.

—Mamá, eso no lo puedes hacer. Tienen sus normas —le dije, exasperada—. Si la persona que recoge al niño es distinta, hay que avisarlos con antelación.

—Es una escuela primaria, no el Pentágono.

Gloria intervino, envalentonada por sus nuevas uñas y la hora que había pasado con el espíritu de tigresa:

—Sí, mamá, no es el *Pentagogo*.

Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de conservar la calma:

—No me gusta que Gloria lleve las uñas pintadas, ya lo sabes. Y ella también lo sabe. Mamá, me gustaría que respetaras...

—Bueno, es que las chicas tenemos que estar estupendas un viernes por la noche, ¿no es cierto? —preguntó, arrollándome, y luego se volvió hacia su nieta—. ¡Y cuando hayamos terminado podemos ir al piso de abajo a comer helado y hablar de chicos!

—¡Yupiiii! —exclamó Gloria, que se levantó de la tapa del váter y salió disparada antes de que pudiera decirle no al helado, a las uñas pintadas, a la diversión.

Me metí en el baño y cerré el grifo de la ducha, luego me puse a recoger la ropa de Gloria.

—Mamá, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Mi vida no es un episodio de *Sexo en Nueva York*, y mi hija de cinco años no es una de tus amigas —le recordé—. Yo no soy Miranda, ni Gloria es Charlotte, aunque tú sí seas Samantha.

—Obviamente que no, Abigail —respondió, mirándome a los ojos por primera vez desde mi entrada en la estancia—. A Miranda no la verás nunca con esa pinta que llevas.

Una vez que los niños estuvieron acostados, los platos lavados y la ropa limpia bien doblada, me llevé una infusión a la

cama. Entré con cuidado en la habitación, intentando no despertar a Sam, que dormía profundamente como solo un niño es capaz de hacerlo, a pocos palmos de mí. Teníamos su cuna en el hueco del armario porque el radiador de su dormitorio se negaba tozudamente a calentarse. (Al principio de comprar la casa, nuestro plan era renovar la habitación trase-ra y añadir un baño, pero con las restricciones económicas, lo que debería haber sido una habitación infantil de paredes azul cielo con monitos pintados había quedado reducido a un cuarto trastero para la ropa de fuera de temporada, los viejos altavoces, los palos de hockey y los archivadores de los documentos fiscales.)

Me metí en la cama, sujetando mi taza humeante con cuidado, y me apoyé en la pila de almohadones. Cuando me disponía a recuperar la lectura de la novela de Edith Wharton que estaba leyendo —me quedaban pocas páginas para llegar al final— apareció Jimmy con un sobre blanco en la mano.

—¿Qué ocurre? —le susurré.

—¿Puedes decirme qué es una *bucket bag* y por qué cojones cuesta quinientos noventa y ocho dólares? —me preguntó, medio riéndose, medio enfadado—. Espero que sea algún tipo de maniobra de marketing de esas en las que luego te devuelven el dinero.

—Antes que nada, no me dedico al marketing, sino a las relaciones públicas. Y segundo, no es asunto tuyo —le contesté, a la vez que intentaba hacerme con el sobre.

Lo mantuvo fuera de mi alcance, sabiendo que estaba atrapada por una taza de infusión caliente sobre una cama deshecha. Me miró fijamente hasta que confesé.

—Es un bolso, ¿vale? Lo compré hace un par de semanas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tenía un mal día. Y supongo que me pilló en un momento de debilidad.

—¿De modo que te gastaste seiscientos dólares en un bolso? Es una locura.

—No, no lo es. Muchas mujeres que conozco llevan bolsos mucho más caros—. Y esas mujeres no trabajan ni la mitad que

yo, quise añadir, pero no lo hice. Nos miramos durante unos segundos.

—Abbey, ya sabes que no nos lo podemos permitir. —Suspiró y desvió la mirada—. Dios mío, ¿por qué haces siempre lo mismo?

—¿Hacer qué?

—Hacerme sentir como el malo.

—No eres tú el malo; obviamente, lo soy yo por querer gastar mi dinero en algo para mí.

—¿Tu dinero? —dijo, en un susurro-grito—. ¿Por qué cuando ganas tú el dinero es tuyo, pero cuando lo gano yo es nuestro? No es justo.

Lo que no es justo es que tú no ganes nada, quise gritarle. Te quedas en el despacho esperando a que llame alguien, o bebiendo en el bar de tu hermano, mientras yo me paso el día de acá para allá haciendo equilibrios entre el trabajo, los niños, la casa y las cuatro mil responsabilidades más que, de alguna manera, me cayeron encima cuando me casé contigo.

Pero, demasiado cansada para seguir discutiendo, le dije:

—Lo devolveré.

—Mañana.

Dejó caer el sobre delante de mí, con sus ojos castaños casi negros de rabia, y salió de la habitación, con el crujido del parqué subrayando su enfado.

Quise tirarle la factura, pero las hojas se separaron y volvieron a caer revoloteando sobre mi regazo, como si se burlaran de mí. Las arrojé al suelo, dejé la taza a un lado y me volví a recostar sobre los almohadones.

Debería haberme levantado a lavarme los dientes y a quitarme el maquillaje de los ojos, pero me daba igual. Apagué la luz y me acurruqué bajo el edredón, con el sabor amargo de la infusión todavía en los labios.

La mañana siguiente le pedí a Jimmy que vigilara a los niños mientras me iba directamente a Nordstrom. Me daba horror,

consciente de que la dependienta echaría un vistazo a mis Uggs falsas y a mis aún más falsos pendientes de diamantes, y me dedicaría aquella mirada de «las dos sabemos que ni siquiera deberías estar aquí». Cuando tomaba la Route 1 en dirección al centro comercial City Line, me sorprendí pensando en aquella foto de Alex van Holt en *Town & Country*. ¿Cómo serían sus mañanas de sábado? ¿Habría vuelto a pensar en mí después de aquel día?

En un semáforo, me detuve detrás de un bonito BMW azul marino, con sus ventanas relucientes ocultando a la familia brillante de su interior, y me pregunté por qué las opciones que eliges de joven nunca parecen importar hasta que eres demasiado mayor para volver atrás y rectificar. O estás demasiado cansado para ni tan siquiera intentarlo. Era una mujer de treinta y siete años que había trabajado a tiempo completo toda su vida adulta, pero en cambio pertenecía enteramente a otras personas —mis hijos, mi marido, mi jefe, mis clientes y hasta mi madre—. Mi agenda estaba llena de listas del súper, comunicados de prensa a medio redactar, recibos de la tintorería, recordatorios de citas, facturas vencidas y una receta de algo que el veterinario juraba que resolvería aquellas extrañas manchas en el lomo del perro.

Y ni siquiera tenía derecho a un bolso de diseño para llevarlo todo.

De modo que fue una mezcla de irritación, rabia y auto-compasión con la que entré en la animada primera planta de Nordstrom y me encaramé en las escaleras mecánicas, sintiéndome expuesta y vulnerable, no solo por haberme encontrado con el dúo Betsy/Ellen, sino por las luces demasiado estridentes de los grandes almacenes. Pisando fuerte los escalones en movimiento y mascullando para mis adentros, con las manos ocupadas por el paraguas, vaso de café y cajas y bolsas, sentía el corazón acelerado y el cuerpo extrañamente inestable. A medida que los accesorios de la primera planta se alejaban, perdí el punto de apoyo y... el equilibrio.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que no tuve tiempo de sentirme aterrorizada, y los demás debieron de

pensar que estaba pegando un salto extrañamente coreografiado. Me precipité hacia atrás, moviendo las manos como aspas de molino, al tiempo que el café saltaba por los aires dibujando un arco. Intenté sujetarme a la barandilla pero me pasé de largo, de modo que, cuando me volví hacia ella, la golpeé cual gimnasta en las barras asimétricas y salté por encima. Junto con el paraguas, mi viejo bolso y la caja plateada, mi cuerpo se precipitó al vacío.

Un segundo más tarde me golpeé la cabeza contra la banqueta del piano de Nordstrom y luego contra el suelo, un golpe en dos etapas contra la madera y el mármol más implacables. Vi que el bolso rojo salía de la caja y luego se deslizaba sobre sus patitas doradas.

Después me llegó un olor a rosas y oí unas cuantas frases de una melodía clásica; el olor exageradamente dulce y la música espectacular hicieron que todo aquel accidente pareciera todavía más ridículo.